

Al mirar esta obra de Daniel Claver Herrera

Al mirar esta obra de Daniel Claver Herrera, parece que nos adentramos en un universo lleno de misterios, un mural donde dos grandes cruces blancas se alzan delante como vanguardia para el imaginario de quien las contempla; un universo recreado con un cromatismo de contrastes que resalta lo matérico, avivando los enigmas de su lenguaje, y que el autor nos invita a descubrir.

Estas cruces se yerguen uniéndose por un mismo brazo, dejándose ver, imponiendo su presencia, cobijando pequeños símbolos, que guarecen delante de un fondo marrón que nos sugiere un muro de tierra por su color y su textura; donde destaca la destreza de un potente trazo que somete a la materia, que acentúa lo corpóreo en su insinuación gracias a la textura de polvo de marfil.

Como fondo, al centro en lo alto, la composición nos sugiere un paraíso perdido en una arboleda ensombrecida por el color negro, que deja poco sitio a la claridad del blanco que se resiste a perder su espacio vital en el ángulo superior izquierdo, delatando la infinitud de la escena.

Debajo de los brazos laterales de ambas cruces, llaman la atención, entre otros signos dos pequeñas cruces, una en color blanco y otra en color negro, que parecieran adherirse a la pared, advirtiéndonos su presencia, como si quisieran dejar testimonio en la mirada, un mensaje, para que se vea, para que se lea, que trasciendan el tiempo a pesar de su pequeñez; una iconografía, un desafío para la imaginación.

Se aprecia también, en la composición, símbolos en color rojo, que sumado a lo dicho, nos conduce necesariamente a hacer reminiscencia al maestro Antoni Tàpies, quien, igualmente incorpora materiales y signos con estos colores en sus obras.

Claver Herrera, reinventa su pintura para que florezca el arte, con sus signos, sus colores, su buen hacer y su concepto, apoyándose en los materiales, para componer versos matéricos en sus lienzos.

JORGE ERNESTO.